Contribuciones desde Coatepec
ISSN: 1870-0365
rcontribucionesc@uaemex.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Thiébaut, Virginie; Aguirre Anaya, Alberto
Procesos en los paisajes de la Tierra Caliente de Michoacán: asentamientos humanos y usos de suelo en Buenavista Tomatlán
Contribuciones desde Coatepec, núm. 20, enero-junio, 2011, pp. 75-100
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28122309005

Cómo citar el artículo
Número completo
Más información del artículo
Página de la revista en redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Procesos en los paisajes de la Tierra Caliente de Michoacán: asentamientos humanos y usos de suelo en Buenavista Tomatlán

Processes in the Landscapes of the Tierra Caliente *in Michoacán: Human Settlements and Land Use in Buenavista Tomatlán*

Virginie Thiébaut
Alberto Aguirre Anaya

Resumen: La región de la cuenca baja del Río Tepalcatepec ha mantenido la movilidad de la población como una de sus características. Bajo una perspectiva del estudio del paisaje y su evolución en períodos de larga duración, el presente trabajo describe y explica dicho fenómeno en una de las micro-cuencas más representativas de las que la conforman, es decir, la parte baja de la Cuenca del Río Buenavista. Con base en la presencia de evidencias materiales y fuentes históricas, se hace referencia al aprovechamiento del entorno y a los procesos históricos asociados. De esta forma, retomando metodologías de estudio propias de la arqueología, la historia y la geografía, fue posible reconstruir de manera espacial, y con fundamento histórico, las causas y las consecuencias de la movilidad poblacional en una fracción de la cuenca, desde las postrimerías de la llegada de los europeos, hasta principios del siglo XX.
Palabras clave: paisaje, Buenavista, movilidad, multidisciplinariedad.

Abstract: One of the longstanding characteristics of the Lower Basin region of the Tepalcatepec River has been the continuous mobility of its population. Adopting the analytical perspective that focuses on examining landscapes and their evolution over extended periods of time, this study describes and explains the phenomenon of demographic mobility in one of the most representative micro-basins that make up that river basin: I refer to the lower section of the Buenavista River basin. Based on the material evidence available and historical sources, the article examines the exploitation of the natural environment and the historical processes associated with it. Thus, applying the analytical methodologies commonly used in archaeology, history and geography made it possible to reconstruct –spatially and with solid historical foundations– the causes and consequences of population movement from the late phase of Spanish settlement up to the early 20th century in one area of the basin.
Keywords: Landscape, Buenavista, Mobility, Multidisciplinarity.

Introducción

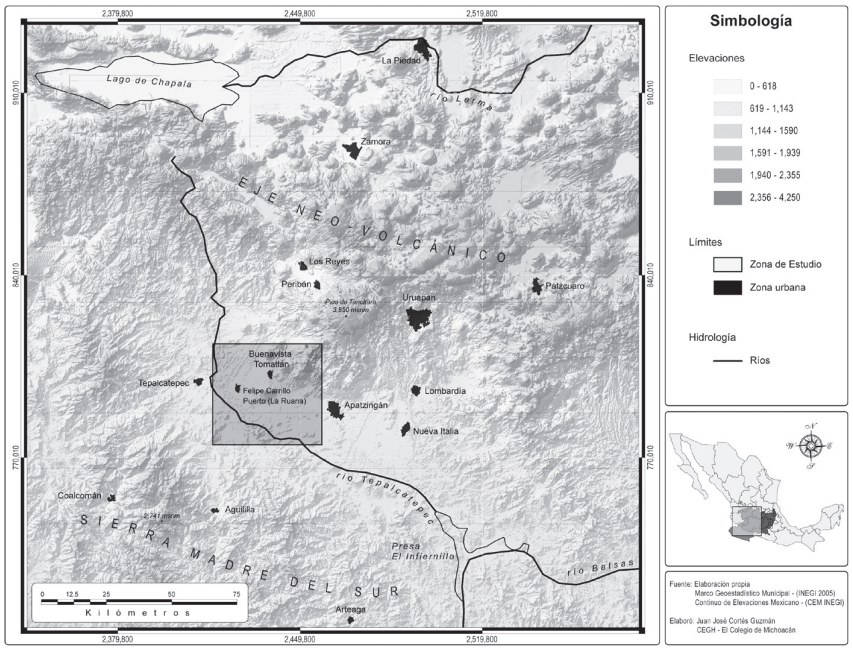
En la tradición de la geografía, los estudios de paisajes permiten entender las interacciones entre el medioambiente, los seres humanos y su evolución en el transcurso del tiempo. Considerando que "el paisaje es una entidad de larga duración en donde aparecen rasgos, elementos y objetos de diferentes épocas" (Fernández Christlieb, 2006: 232), su estudio y análisis aporta informaciones sobre las sociedades que lo habitan y lo habitaron, también permite conocer la historia de un territorio, al definir grandes etapas históricas. Mediante los paisajes, se estudia la microhistoria de la Tierra Caliente de Michoacán. Siguiendo el ejemplo del historiador Luis González (1968), se intentan reconstruir los paisajes del pasado y se busca analizar si las transformaciones locales que se conocieron encajan con las grandes etapas históricas nacionales (Independencia, Desamortización, Revolución, Reforma Agraria) o si tienen que ver, más bien, con dinámicas independientes, regionales y locales (epidemias, catástrofes naturales). La política de congregación evangelizadora después de la Conquista, la desaparición y desplazamiento de pueblos durante la época colonial y decimonónica, la fundación de nuevos asentamientos durante el siglo xx como resultado de la aplicación de las políticas emanadas de la Reforma Agraria y de la expansión de los cultivos y las obras hidráulicas efectuadas por la Comisión del Tepalcatepec fueron algunos de los grandes acontecimientos que modelaron los paisajes de Tierra Caliente a lo largo de los siglos.

Con base en la evolución de los asentamientos humanos y de los usos de suelo, se estudiarán los paisajes desde la época prehispánica hasta nuestros días. Como la investigación es muy amplia en su rango temporal, se reduce espacialmente, centrando la atención a la parte occidental del valle, y en especial al municipio de Buenavista Tomatlán y sus alrededores. Para entender la organización territorial y social, se analizan los paisajes presentes y pasados de la manera más integral posible, con las herramientas de la geografía, de la historia y de la arqueología; asimismo se utilizan distintas fuentes de información, entre las que se incluyen los archivos de la época colonial y decimonónica, así como la bibliografía existente y las fuentes materiales encontradas *in situ*. El trabajo se enfocó en ubicar los asentamientos prehispánicos de los alrededores de Buenavista, mediante recorridos de superficie e identificación de material; datar las épocas de abandono de los distintos asentamientos durante la época colonial y

explicar sus causas relacionándolas con los datos que ofrecen las fuentes históricas y, finalmente, describir las actividades practicadas por los habitantes de los asentamientos en el transcurso de los siglos. Para entender los fenómenos del siglo xx, se va frecuentemente a la historia oral; se hicieron entrevistas con los habitantes de la región durante las estancias que efectuamos entre 2005 y 2010. Este trabajo pretende ilustrar la importante movilidad de la población y de los asentamientos humanos en esta región y explicarla.

Descripción de los paisajes actuales

La Tierra Caliente de Michoacán se ubica en la Depresión del Balsas, entre el eje neo-volcánico al norte y la Sierra Madre del Sur, dos de los macizos montañosos más importantes de México (mapa 1). Es un valle ancho bastante llano, con algunos cerros diseminados, que se extiende sobre aproximadamente cien kilómetros de poniente a oriente y treinta kilómetros de norte a sur. La observación de los paisajes actuales del municipio de Buenavista, en el extremo occidental de la Tierra Caliente, deja ver un importante contraste entre las vertientes de las sierras y cerros, cubiertas por arbustos ralos y espinosos (selva baja caducifolia) y las tierras planas del fondo, irrigadas y cultivadas. El agua, muy presente, proviene de las altas cimas del Pico Tancítaro que culmina a una altitud de 3,845 metros y domina toda la parte occidental del valle. Los numerosos ríos y arroyos se utilizan para surtir una extensa red de riego con presas, repartidores y canales. Una red de irrigación antigua, con acequias estrechas, cubiertas de piedra y sin revestimiento, coexiste con canales modernos, anchos, con compuertas y sistema de llave. Las huertas de limón cubren vastas superficies y comparten el espacio con sembradíos de mangos, parcelas de hortalizas (jitomate, pepino), cultivos diversos (huertas de papayas y plátanos) y pastizales. Los numerosos núcleos de población —Buenavista y pueblos más modestos como Santa Ana Amatlán, Pinzándaro, Las Colonias— demuestran una ocupación humana intensa. En esta parte del valle, notamos la presencia de numerosas empacadoras de frutas (limón, mango) y de fábricas procesadoras, sobre todo de aceite de limón.

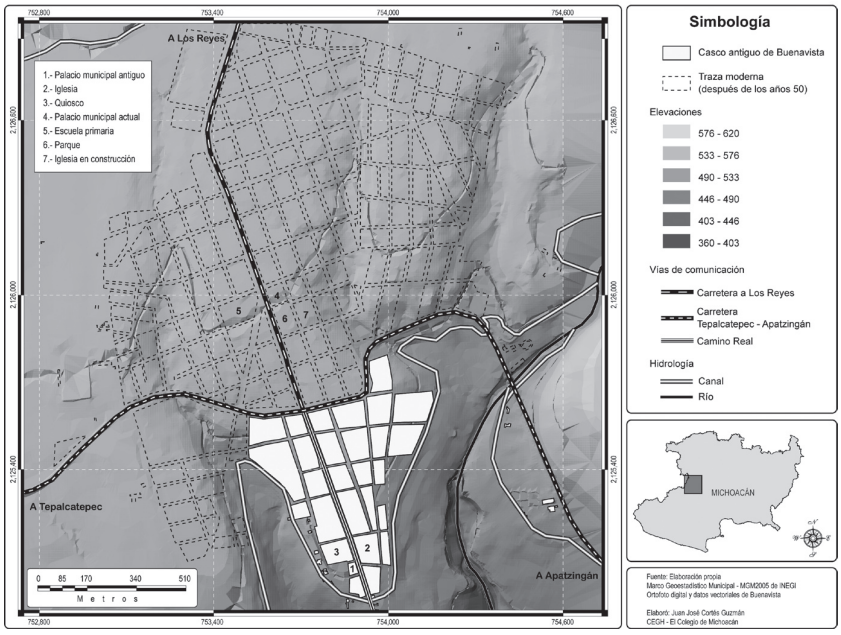


Mapa 1. Tierra Caliente de Michoacán y zona de estudio.

La localidad de Buenavista Tomatlán se ubica a la orilla del río del mismo nombre, entre la vertiente meridional del eje volcánico al noreste y el Cerro de Tomatlán, relieve aislado de 600 metros de altitud, al sur (mapa 1). Siguiendo el curso del río desde el norte, es el primer poblado que se asienta propiamente en el valle de Tierra Caliente, en esta zona donde el recurso hidráulico abunda. Un recorrido en el pueblo deja ver que está claramente dividido en dos partes. Al llegar por el norte, por la carretera que viene de Los Reyes y Zamora, se localizan colonias de reciente construcción y un hospital nuevo; el pueblo se está expandiendo por esta dirección. Entrando, se extiende la plaza principal con el Palacio Municipal a un lado, así como una iglesia en construcción, impresionante por sus proporciones. Es allí donde los habitantes se juntan en las noches para "dar la vuelta" en camioneta o caminando, comprar un helado en una de las paleterías o a comer tacos. En el día, la actividad es igualmente intensa en el Palacio Municipal, a donde acuden los ciudadanos a arreglar asuntos administrativos. Al bajar más al sur, a lo largo del eje principal, se extienden tiendas donde se vende todo tipo de mercancía,

pequeños locales de restaurantes, un banco, el mercado de abastos, la sala de billar, hasta llegar a otro eje de comunicación importante, la carretera de dirección oriente-poniente que comunica Apatzingán a Tepalcatepec. Los camiones de pasajeros y vehículos de todo tipo —camionetas, camiones de carga con limones— circulan de manera constante por estos dos ejes. El crucero es un lugar de confluencia en el que los habitantes se reúnen para platicar y esperar el camión.

Al sur de la carretera Apatzingán-Tepalcatepec, se extiende el núcleo antiguo del pueblo (mapa 2). En la calle principal, las casas antiguas, con muros de adobe y techos de tejas, de un sólo piso, contrastan con algunas casas modernas de dos pisos. Siguiendo esta dirección, donde las tiendas son contadas y el tráfico muy reducido, se llega a la plaza principal antigua, que delimita el pueblo al sur; está rodeada por la iglesia parroquial y casonas con portales de madera, algunas abandonadas. La impresión general que da este núcleo antiguo es de un "pueblo dormido", con muy pocas actividades. La única excepción la marcan la iglesia, a la que acuden numerosos parroquianos los domingos, que aportan un poco de movimiento y actividad, y la escuela preparatoria, ambos edificios ubicados en la misma plaza.



Mapa 2. Buenavista, siglos XIX y XX.

Dos kilómetros más al sur, se halla el antiguo poblado de Tomatlán, hoy en día totalmente abandonado. Los restos del poblado se encuentran en la margen derecha y a escasos cien metros del río Buenavista (mapa 3). Los basamentos de la iglesia —el desplante de un muro de piedra careada y un montículo formado por los restos de la propia construcción— constituyen la evidencia tangible más representativa del poblado. Por las características del montículo, se puede decir que el edificio apenas sobrepasaba los diez metros de largo, que los muros que lo delimitaban estaban construidos con paredes de adobe —desplantadas sobre un murete de mampostería— y, por último, que su techumbre estaba cubierta con tejas. Alrededor de la iglesia se extiende un panteón que fue abandonado más tardíamente; las piedras de las tumbas están ahora invadidas por las malezas y los árboles de cuéramo. Las casas que seguramente se extendían en los alrededores de la iglesia han desaparecieron totalmente.

Para entender estos paisajes y la movilidad de los asentamientos humanos, se han estudiado detalladamente las distintas etapas de ocupación y se ha investigado por qué se produjeron los abandonos y los cambios, relacionándolos con los elementos naturales y los sucesos históricos.

Los asentamientos prehispánicos en las riberas del río

La Tierra Caliente es una zona escasamente estudiada por los arqueólogos, con excepción del trabajo que efectuó Isabel Kelly en la década de 1940 (Kelly, 1947) y, más recientemente, con los informes realizados por los arqueólogos del proyecto Tepalcatepec.[1] Sin embargo, la información proporcionada por estos documentos, sumada a los recorridos de campo y a las charlas con los habitantes del valle, permite saber que existían numerosos asentamientos prehispánicos en los alrededores de Buenavista. Gracias a los recorridos de superficie efectuados en enero, marzo y octubre de 2009, se pudieron ubicar precisamente varios sitios.

En un lugar donde se extrae material para la construcción de caminos, en la parte alta de la ribera oriental del río Buenavista, se identificaron lo que muy

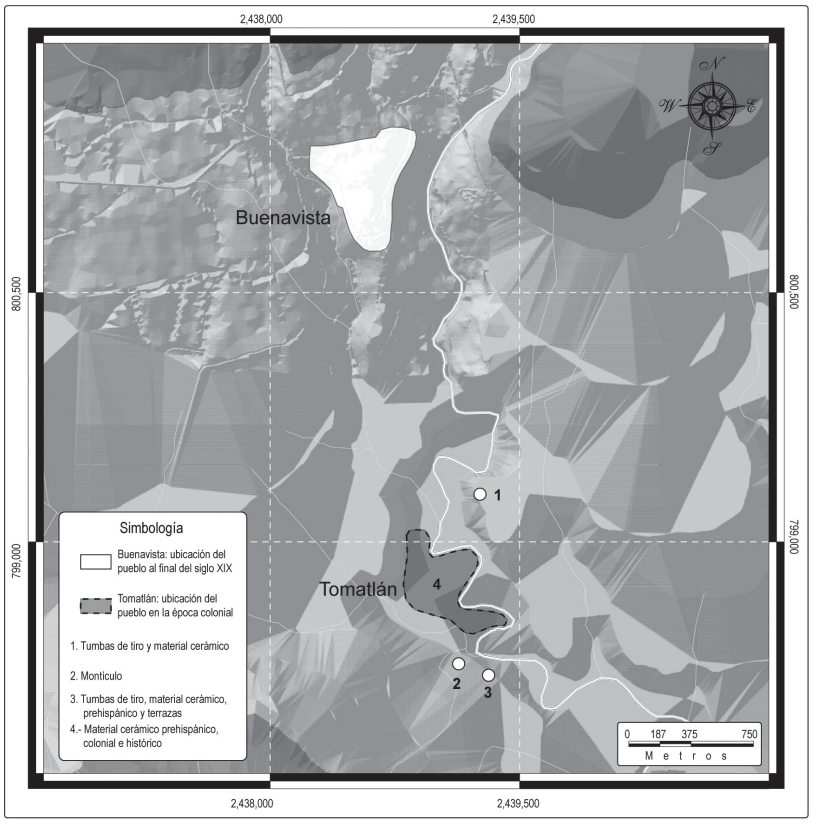
[1] Proyecto Sustentabilidad Patrimonial en la Cuenca del río Tepalcatepec (2002-2006): proyecto inter y transdisciplinario, encabezado por El Colegio de Michoacán, que analizó procesos físicos, ecológicos y humanos en la Cuenca del Tepalcatepec.

probablemente es un grupo de tumbas de tiro —por lo menos cuatro—[2] asociadas a pequeñas elevaciones que sugieren la presencia de plataformas a manera de acondicionamiento del terreno para la construcción de unidades habitacionales (mapa 3, sitio 1). En la ladera del cauce del río, se encontraron, además, una gran variedad de fragmentos de cerámica.

Sobre la ladera poniente se hallan los restos de dos sitios, que se definen básicamente por la presencia de material cerámico diseminado en la superficie y, en menor medida, por la presencia de restos de estructuras arquitectónicas. En el primero de ellos, conocido como Las Cuevitas, se puede apreciar un montículo formado por la acumulación de rocas (mapa 3, sitio 2). Desafortunadamente se encuentra muy deteriorado por el saqueo y las inclemencias del ambiente, por lo que es difícil definir si existen otros elementos arquitectónicos asociados. Aún así, según lo reportado por los arqueólogos del proyecto Tepalcatepec, es el elemento prehispánico más relevante hallado en las inmediaciones de Buenavista. El montículo se encuentra en la ladera de una de las lomas formadas por el cauce del río y de las estribaciones del Cerro de Tomatlán. De hecho, las rocas que lo forman son de naturaleza basáltica, es decir, provienen del macizo volcánico.

Terreno abajo, a una distancia de aproximadamente doscientos metros con respecto al montículo, ya sobre la ladera de la ribera del río Buenavista, se encuentran los vestigios de otro asentamiento prehispánico, el cual se evidencia, aparte de por la presencia de restos cerámicos, por los pequeños alineamientos de rocas a manera de terrazas, que indican el acondicionamiento del terreno para construcciones diseminadas en un área de aproximadamente 3,000 metros cuadrados (mapa 3, sitio 3). Es importante mencionar que, asociadas a los restos de las pequeñas nivelaciones del terreno —por lo menos cuatro—, se identifica otra probable tumba de tiro, la cual reluce por el desmonte del terreno para acondicionarlo como área de cultivo. De la tumba sólo se pudo ver la laja que cubría la entrada o tiro; se encontraba muy removida, por lo cual se notaba parte del aspecto del tiro, que no presentaba un tipo específico de acabado. Al parecer la preparación de las tumbas tan sólo consistía en la excavación del terreno para crear la concavidad.

[2] Son tumbas ahuecadas en el subsuelo, con un acceso vertical (tiro) que conduce a la cámara funeraria. Se trata de un rasgo cultural que se dio en el Occidente prehispánico de México a partir del siglo XV a.C. (Oliveros Morales, 2004: 22).



Mapa 3. Los asentamientos prehispánicos de Buenavista Tomatlán.

En las huertas de limón que rodean el pueblo abandonado de Tomatlán, se localiza igualmente una gran cantidad de cerámica (mapa 3, sitio 4). Diseminados en las laderas de la ribera, los tiestos de cerámica mayólica,[3] propia de la época colonial y decimonónica, se hallan en combinación con cerámica de aspecto prehispánico. Esto indica que hubo una continuidad de la ocupación humana; estos espacios fueron habitados y los alrededores utilizados para una agricultura extensiva durante varios siglos continuos.

[3] La cerámica mayólica, también conocida como talavera, es vidriada y tiene una base de estaño que le da un color blancuzco característico, sobre el que se realizan las decoraciones.

Los restos arquitectónicos y las tumbas de tiro sugieren que, en la época prehispánica, la población estableció en las riberas del río su residencia de manera fija —quizás en pequeños grupos dispersos a lo largo del río— para obtener su medio de subsistencia. Cuando se hace referencia a las riberas del río, se habla de cuando menos tres unidades de paisaje bien definidas. Primero, está el cauce del río con los meandros y las playas, le siguen las laderas y finalmente las partes altas. Los meandros forman pequeñas "playas" en épocas de estiaje, las cuales pudieron haberse utilizado como terrenos de siembra. Según Armillas (citado por Rojas, 1985: 153), los terrenos de humedales o "terrenos periódicamente inundados y fertilizados por la avenida de los ríos" eran frecuentemente utilizados en la época prehispánica. Arriba están las laderas con una pendiente leve, pero suficientemente inclinadas como para generar sombra a ciertas horas del día y, por lo tanto, una temperatura más fresca que en las partes altas, lo cual también propicia una vegetación más robusta. A pesar del inconveniente que acaso representaría la inclinación del terreno, estas laderas podían ser fácilmente habitables, mediante pequeñas obras de adecuación. Pensamos que se aprovechaban también estas buenas condiciones naturales para sembrar —aunque no había posibilidad de riego— quizás con el sistema de roza, tumba y quema tan extendido en la época prehispánica (Rojas, 1990: 50-54). Finalmente, la última unidad paisajística, la planicie, también fue habitada, pues en ella se encuentra el vestigio arquitectónico de mayores dimensiones de las inmediaciones del actual Buenavista. Sin embargo, no se encontraron indicios de que hubiese cultivos, lo que se puede explicar fácilmente por la aridez del lugar.

Vale aclarar que con lo arriba expuesto no se pretende decir que la población prehispánica no aprovechó las otras unidades de paisaje de la zona; los lugareños hacen referencia, por ejemplo, a la existencia de un asentamiento prehispánico en las estribaciones del Cerro Tomatlán. Tan sólo se quiere hacer énfasis en la existencia de grupos prehispánicos, con una tradición cultural caracterizada por la realización de tumbas de tiro, que se asocia directamente con el uso de las riberas del río.

Ocupación colonial y decimonónica

La cerámica de la época colonial que se encontró durante los recorridos de superficie está mucho más localizada, lo que deja pensar que se abandonaron varios de los sitios prehispánicos y se redujo la superficie ocupada. Se intuye que

la población se agrupó en el pueblo de Tomatlán, a la orilla del río del mismo nombre. El abandono de los otros asentamientos pudo resultar de la congregación de las poblaciones indígenas en un solo "pueblo de indios" en el siglo XVI. Sin embargo, la presencia de las órdenes religiosas misioneras en la región fue tardía; la cabecera de la Doctrina franciscana, ubicada en Tancítaro, estaba muy alejada de sus pueblos sujetos y fue solamente a partir de las décadas de 1560 y 1570 que los pueblos de Tierra Caliente se sujetaron al control de ella (Escandón, 2005: 257). Los religiosos franciscanos desde Tancítaro y los agustinos, con el "apóstol de Tierra Caliente" Juan Bautista Moya, evangelizaron a los indígenas de la región, pero, probablemente, no tuvieron la posibilidad de congregar a la población en comunidades organizadas con traza regular y cabildo (Escandón, 2005: 226-227).[4] La hipótesis que manejamos es que se trató de una congregación más bien informal, como consecuencia de la alta mortalidad de la población que se dio en esta región —como en la totalidad de Nueva España— por el contacto con los recién llegados del Viejo Mundo. Los pocos indígenas sobrevivientes a las enfermedades, epidemias, a la sobreexplotación en las minas cercanas y al pago de tributos en moneda (Enkerlin, 2008: 104), se juntaron en un solo lugar. Como no hubo planificación ni organización, se puede pensar que la traza era irregular, con cierta dispersión de las casas, hipótesis reforzada por la cerámica encontrada en una superficie extendida durante los recorridos de superficie y por una descripción que se hizo del pueblo al final de la época colonial ("Inspección Ocular centro suroeste CA. 1790", en Reyes García, 2004: 135-136).

La primera fuente escrita que se refiere a Tomatlán es de 1565. Según Gonzalo Aguirre Beltrán, el pueblo de Tomatlán aparece en el documento titulado *Los pueblos que provee el Obispo de Mechoacán* como uno de los sujetos del pueblo de Xilotlán (1952: 61). Después, Tomatlán se cita de manera continua durante la época colonial, como un pueblo que pagaba tributos a Tancítaro. Con las epidemias recurrentes en los siglos XVI y XVII y hasta inicios del XVIII, con la consecuente pérdida de población hubo, sin duda, grandes variaciones en el número de habitantes, con muy pocas personas en algunas temporadas —el pueblo pudo incluso quedarse temporalmente despoblado— y más en otras.

[4] Cita la autora el contenido de una carta de 1583 que mandó el obispo michoacano don Juan de Medina Rincón al rey para explicar que ha desaparecido "la mayor parte de los indios" y menciona que los indígenas "que se han quedado se quisieran juntar y reducir a pocos pueblos [a fin de que] pudieran ser menos los ministros". Sin embargo, esta propuesta de congregación no se llevó a cabo.

Paralelamente a la disminución de la población nativa, el arribo de trabajadores negros y el proceso de mestizaje provocaron modificaciones importantes. Esclavos negros llegaron a trabajar en el cultivo de la caña de azúcar y en los trapiches, ya presentes en la región en 1620 en los poblados de Xalpa, Pinzándaro y Tomatlán (Barrett, 1975: 66, 104), y se mezclaron con la población local. De igual manera, los españoles propietarios de las grandes haciendas en las cuales se practicaban cultivos comerciales, dejaron descendientes mestizos. Varias fuentes se refieren a una población mestiza y sobre todo mulata o "parda" mayoritaria en el pueblo de Tomatlán durante los siglos xvii y xviii (Gerhard, 1986: 258; Barrett, 1975: 165; Villaseñor y Sánchez, 1852; Reyes García, 2004: 135-136).

Tabla 1. El mestizaje de la población en las localidades de la parte occidental del vallea mediados del siglo xviii.

Año 1746 (familias)	indígenas	españoles	españoles y mestizos	mestizos y mulatos	mulatos
Apatzingán	22	34	-	48	-
Parácuaro	7	-	-	-	-
San Juan de los Plátanos	40	-	-	-	-
Santa Ana	60	29	-	12	-
Xalpa	8	-	20	-	-
Pinzándaro	-	pocas	-	47	-
Ranchos de Pinzándaro	-	4	-	-	17
Santiago Tomatlán	17	-	-	42	-
Tepalcatepec	65	-	-	-	-
Ranchos de Tepalcatepec		28	-	49	-

Fuente: Elaboración propia. *Theatro Americano*, José Antonio de Villaseñor y Sánchez, 1746.

La Inspección Ocular de 1790 otorga, igualmente, datos precisos en cuanto a la ubicación del poblado y su aspecto general (Reyes García, 2004: 135-136). La mención de que "su situación era poco despejada sobre el río de Pinzándaro o de Tomatlán" confirma que el pueblo se extendía a la orilla del río, en el lugar

en donde los materiales encontrados dan a pensar que hubo una ocupación continua entre la época prehispánica y el siglo XIX (mapa 3, sitio 4). Los materiales perecederos que se utilizaron —cañas, paja, ramas, tejamanil, adobe—, fáciles de conseguir, permitían la construcción rápida de los edificios, que seguramente se destruyeron con la misma facilidad por las condiciones naturales (crecidas del río, lluvias torrenciales). La descripción confirma igualmente la distribución de las viviendas, esparcidas alrededor del templo católico: "La iglesia es una pequeña capilla de paredes de adobe en buen estado, tejado de tejamanil, de tierra el suelo […]. No hay cárcel, ni casas reales y el caserío consiste en chozas dispuestas sin orden de calles, cubiertas de paja y resguardadas las viviendas con cañas y heno". El pueblo se ubicaba, además, a un lado del camino real —cuyo trazo sigue existiendo en parte— que iba hacia el oriente al poblado de Santa Ana Amatlán y desde ahí a Apatzingán y hacia el norte a Tancítaro y Sierra Purhépecha, pasando por el Puente del Diablo.

Con la colonización, llegaron a la Tierra Caliente michoacana otros cultivos, además de la caña de azúcar, el añil, el arroz y las huertas de plátanos se juntaron a los cultivos de algodón y a las huertas de cacao que se siguieron produciendo. Sabemos por las fuentes históricas que algunos de estos cultivos se daban en Tomatlán. En el siglo XVIII, se señala, por ejemplo, que el arroz era allí una siembra común, gran consumidora de agua, que explicaba los pleitos por el "puesto de Nurito" (manantial) entre los habitantes de Tomatlán y los de Amatlán. Según un acuerdo de 1742, "los pardos de Tomatlán la usarían durante la época de lluvias para sus arrozales, de mayo a noviembre" (Barrett, 1975: 165). En el *Theatro Americano* de Villaseñor de 1748 también se confirma esta situación; asimismo, en *La Inspección Ocular de 1790*, se ratifica la importancia de este cultivo: "su trato es el maíz y arroz, y en este último por estimable, libran su mayor utilidad sus vecinos" (Villaseñor, 1852: 65), "[la población] que se ocupa en siembras de maíz y arroz, regado éste con las aguas de un ojo que nace a distancia de dos leguas del pueblo, y con parte del río expresado, el que sirve también para fecundar las huertas de estas gentes" (Reyes García, 2004: 135). En cuanto a los árboles de las huertas, en el mismo documento se citan los "plátanos, naranjas, tamarindos, zapotes prietos, aguacates, piñas, pocos cocos, chicos, mameyes y las que se llaman aquí ciruelas, cuyas frutas las venden en el pueblo a los forasteros" (*Idem*.). Hoy en día los lugareños se siguen refiriendo a "las huertas de los españoles" para nombrar las laderas de las riberas, donde todavía se extienden huertas de limones

y plátanos e, incluso, en medio de ellas, un tamarindo centenario. Estas huertas son representativas —y quizás por eso permanecieron en la memoria popular— de los nuevos usos de suelo que se dieron con la llegada de los españoles, con el cultivo de nuevas especies de árboles cuyos frutos se vendían a los forasteros, aprovechando que era un lugar de paso a lo largo del camino real.

Es muy probable que en esta misma época, o por lo menos al final, se empezaran a cultivar también las planicies, fenómeno facilitado por los nuevos métodos de cultivo. Claude Morin evoca los numerosos desmontes que se hicieron en Michoacán en los siglos xviii y xix (1979: 255), que van a la par con un importante crecimiento demográfico. Mientras la coa prehispánica se podía utilizar en las laderas, los animales de tiro y el arado traídos por los españoles se mostraron más adecuados para los cultivos de las planicies, donde la vegetación menos densa que la de las pendientes se desmontaba fácilmente. En el caso de Tomatlán, la colonización de estas tierras situadas a algunos kilómetros del pueblo se explica por la voluntad de extender los cultivos comerciales tropicales y otras actividades, como la ganadería bovina. Esta última necesitaba grandes espacios y propiciaba el establecimiento de pequeños asentamientos (ranchos, ordeñas, queserías), muchas veces temporales, diseminados en las grandes planicies. Se sabe de la existencia en el siglo xviii de un rancho con potreros llamado Buenavista, situado en la planicie y que los "pardos de Tomatlán" alquilaban (Barrett, 1975: 166; Reyes García, 2004: 135-136). La villa vecina de Pinzándaro contabilizaba en 1765 cuatro haciendas y numerosos ranchos que sumaban un número de habitantes netamente superior al del núcleo principal (505 y 171 respectivamente) (Archivo de la Catedral de Morelia: 3-3.3-64-44 y 45).

Otro cambio fue la aparición de estructuras básicas de derivación del río Buenavista para irrigar algunas parcelas colindantes, como lo ratifica la *Inspección Ocular*, y permitir quizás la expansión de los cultivos comerciales. Sirvieron también para generar fuerza motriz. En efecto, sobre la margen derecha del río, al norte del asentamiento y cruzando el camino real, se encuentran los vestigios de un obraje para el añil y de una pileta para el curtido de pieles. La presencia de dos zapateros en el pueblo, mencionados en ese documento, justifica la existencia de esta última.

Si el pueblo de Tomatlán perduró durante toda la época colonial, a pesar del decrecimiento demográfico general que se dio, fue seguramente gracias a su ubicación cerca de una vía de comunicación importante y de un río —que le

daba la posibilidad de desarrollar cultivos comerciales en los alrededores— y gracias al reforzamiento de su población a través del mestizaje. Sin embargo, el lugar fue abandonado durante la tercera parte del siglo XIX y un pueblo nuevo se construyó a corta distancia.

Abandono de Tomatlán y construcción de Buenavista

El abandono de Tomatlán y la fundación de Buenavista —a dos kilómetros al norte de Tomatlán, en la planicie, donde se hallaba el rancho de los "pardos"— se pueden fechar con bastante precisión. Cuando en 1872 se hace el reparto de las tierras comunales "de los indios",[5] siguiendo la Ley de Desamortización Estatal del 13 de diciembre de 1851, los documentos indican claramente que coexisten dos pueblos: "El vecindario del antiguo Pueblo de Tomatlán se ha transportado a Buenavista, estableciendo su Iglesia, dejando abandonado a Tomatlán donde solo existen en el bosque muy pocas familias" (AGHPEM, Hijuelas Buenavista Tomatlán, libro 6, hoja 27, 17 de mayo de 1872), por lo cual se sabe que el cambio fue progresivo. Según la monografía de Buenavista, en 1880 vivían algunas familias en el pueblo nuevo, unas originarias de Tomatlán —familia Soto— y otras que no están censadas en la lista de los solicitantes de tierras de indígenas —los hermanos Onofre y Bonifacio Cervantes, las señoritas Ureña— (González del Toro: 81). La familia Cervantes era, según sus descendientes, originaria del norte de Michoacán, y poseía tierras en la planicie, como los ranchos de Querusto y Nurito, desde, por lo menos, 1872[6]. Una hipótesis es que la familia Cervantes llegó con otras familias, en la década de 1860 o a inicios de la década 1870, para instalarse en el rancho aislado de Buenavista y se les juntaron poco a poco familias de Tomatlán para formar un pueblo en este lugar.

[5] Aunque ya no haya indígenas en este pueblo, sino mestizos y mulatos, por el proceso que se dio desde el siglo XVI, se conservó la figura jurídica de comunidad indígena; los denominados "indígenas" pudieron así pretender al beneficio de una parcela individual, cuando se hizo la repartición de las tierras de la comunidad en 1872. En las hijuelas, se narra a detalle todo el proceso y se incluye una lista exhaustiva de los nombres de los "indígenas" que tenían derecho a tierras.

[6] La comunidad indígena de Tomatlán citó "al C. Onofre Cervantes como colindante por la parte poniente de este Pueblo" para asistir al deslinde de las tierras de la comunidad en mayo de 1872; se presentó su hijo mayor, Bonifacio Cervantes, que manifestó inconformidad en cuanto al deslinde de las tierras del rancho de Querusto (AGHPEM, Hijuelas de Buenavista Tomatlán, libro 6, hojas 114-115, 4 de marzo de 1872).

Se puede situar el suceso en el tiempo y se puede describir a grandes rasgos, sin embargo sus motivos no son tan claros. La memoria popular evoca una epidemia de cólera que mató a gran parte de la población de Tomatlán, las crecidas del río que inundaban el pueblo, el alejamiento de las buenas tierras de cultivo y del ojo de agua de Corral de Piedra que lo abastecía, situado a dos leguas (11 kilómetros) al norte, en la planicie. De hecho, el traslado se debe, seguramente, a una serie de razones conjuntas. Un documento de 1870 –que hay que tomar con cautela porque intenta obtener una rebaja sobre las contribuciones del pueblo– describe los terrenos de Tomatlán: "cortos y sin árboles frutales", "valen menos que los de Amatlán por ser aquellos los más de pasto, y no tener arboleda que les produzca" (AGHPEM, *op.cit.*, libro 6, hoja 6, 22 de enero de 1870). La pérdida de importancia de las huertas cercanas a Tomatlán, la creciente importancia de las tierras de la planicie para desarrollar los cultivos comerciales y la actividad ganadera constituyen una explicación racional sobre el desplazamiento del poblado hacia el norte.

Otra posible explicación, relacionada con la primera, tiene que ver con la desamortización de los bienes comunales, que provocó la concentración de la propiedad de la tierra en pocas manos. Lo que antes pertenecía a un grupo de personas (la comunidad) pasó a la administración de un propietario, después de movimientos de compra-venta, y grandes extensiones de terreno se manejaron como una sola unidad productiva (la hacienda), que si bien concernía a una parte mínima del territorio, representó una innovación en los paisajes de Buenavista. Así, esos territorios se adecuaron a las estrategias de producción de esa unidad, fuertemente condicionadas por las técnicas de producción propias del momento histórico; entre éstas se encuentra el manejo del agua, que articula una parte importante del territorio de la hacienda.

Hasta entonces se había aprovechado solamente el agua del río Buenavista mediante sistemas de derivación sencillos, pero se elaboraron, al final del siglo XIX, dos presas, llamadas Buenavista y Santa Ana, situadas al norte del nuevo pueblo, que permitieron irrigar un área mucho más amplia. La presa de Buenavista aprovisionaba una hacienda llamada San Pablo, así como las tierras situadas al poniente del río; mientras la presa de Santa Ana, situada a unos 800 metros abajo de la primera, desviaba el agua hacia el este del río y regaba las tierras de la pequeña hacienda El Nacimiento. Este último predio era propiedad del señor Antonio Álvarez, que rentaba tierras del rincón de Buenavista a los indígenas

antes de la Desamortización y tenía varios morteros de arroz (AGHPEM, *op.cit.*, libro 6, hoja suelta, 15 de enero de 1872). Álvarez aprovechó la repartición para comprar "la finca rústica El Nacimiento á varios parcioneros de la estinguida comunidad de indigenas de Tomatlan".[7] Gracias al nuevo sistema de riego, él y el propietario de San Pablo pudieron regar sus tierras de cultivo, desarrollar los cultivos comerciales, como la caña de azúcar, el arroz y el añil, asimismo hicieron funcionar trapiches para moler la caña. Un segundo canal surtía también las pilas de añil de la hacienda El Nacimiento y un mortero de arroz, situado a dos kilómetros al sur de Buenavista. La construcción de los canales permitió, sin duda, dar un auge a los cultivos comerciales, en una región en la cual dominaban todavía en ese momento las grandes extensiones de monte y de pasto natural utilizados para la ganadería extensiva, actividad principal en numerosos ranchos y pequeñas haciendas. Las obras de irrigación de Buenavista coinciden con un movimiento de ampliación de las superficies de riego de las haciendas, generalizado en la Tierra Caliente en esta época.

Como no se conoce la fecha exacta de construcción de estas obras hidráulicas, se piensa que se produjeron un poco antes de la fundación del pueblo y que fueron otra de las motivaciones del cambio. En efecto, la presa Buenavista, además de hacer posible el riego de las tierras de las haciendas, permitió surtir de agua potable el nuevo pueblo.

Buenavista, delimitado al sur, poniente y oriente por un meandro formado por el canal de riego, se organizó alrededor de la calle real, única vía empedrada del pueblo y parte del camino real (mapa 2). En el extremo sur del pueblo se hallaba la plaza central, con su quiosco de madera, rodeada por los edificios representativos de los poderes civiles y religiosos: la iglesia con el curato y la oficina de la tenencia que se volvió después Palacio Municipal.[8] Una escuela y una pequeña cárcel estaban integradas a este último edificio. Alrededor de la plaza y en la calle central, se construyeron grandes casas de adobe con techos de paja o teja, propiedades de los dueños de las haciendas y de comerciantes. En la calle, muy transitada por los arrieros que iban de la Costa a la Sierra Purépecha y al

[7] AGHPEM, *op.cit.,* libro 6, hoja suelta, 13 de marzo 1900. Antonio Álvarez ejerció como Presidente de la comisión repartidora de Tancítaro [aplicación de la Desamortización, 1872] y aprovechó su estatus para acaparar numerosas tierras comunales de los indígenas en toda la región (Estrada Virgen, 1998: 49-54).

[8] Buenavista fue tenencia del municipio de Apatzingán desde 1831 hasta 1927, cuando se volvió municipio independiente.

Bajío, se multiplicaron los comercios y los edificios relacionados con la agricultura —bodegas, molino de arroz—, el camino de paso —mesones, tiendas— y la artesanía —fábrica de jabón—. En la periferia, aprovechando el agua del canal, funcionaban también varias curtidurías. Los trabajadores de las haciendas y los medieros construyeron pequeñas casas informales, con tejamanil y tablas de madera, o con cartón y ramas, a lo largo de las calles secundarias. Este tipo de viviendas se fue multiplicando sobre todo hacia el norte, con el crecimiento demográfico provocado por la llegada de población proveniente del norte del estado de Michoacán y de Jalisco, que buscaba trabajo en las haciendas en la época de cosechas.

El antiguo poblado de Tomatlán no cayó totalmente en el olvido; durante casi un siglo después de su abandono, se siguió utilizando el lugar como panteón. Antes del traslado, el atrio de la iglesia era seguramente el lugar donde se enterraba a los muertos. Como el cambio del pueblo coincidió con la Ley Lerdo, que obligó a la edificación de un cementerio en cada localidad, los habitantes decidieron utilizar el sitio del antiguo asentamiento para este fin. Se extendió el panteón alrededor del montículo de la iglesia y se utilizó durante casi 90 años, hasta 1959, cuando se inauguró uno nuevo a la orilla de la carretera que va a Tepalcatepec. Los ancianos cuentan la hazaña que representaba llegar al panteón nuevo por el camino de tierra empinado, cargando un ataúd *desde* el pueblo nuevo y, a veces, desde mucho más lejos cuando el muerto era de un rancho situado a varios kilómetros más al norte. Esta insistencia en utilizar un lugar tan alejado para los entierros, a pesar de las dificultades que representaba, revela, sin duda, un apego de los habitantes de Buenavista a la tierra de los antepasados.

Siglo XX. La Reforma Agraria y la modernización del sistema de riego

El auge demográfico siguió después de la Revolución de 1910 y de la Guerra cristera; el movimiento se acentuó con la Reforma Agraria en la década de 1940. La Tierra Caliente conoció, en efecto, un reparto importante de tierras ejidales, sobre todo durante el sexenio de la Presidencia del general Lázaro Cárdenas (1934-1940). En Buenavista, las tierras de las haciendas de El Nacimiento y San Pablo, o sea 4,694.80 hectáreas, se repartieron entre 421 ejidatarios en 1944 (Procuraduría Agraria de Apatzingán, expediente del Ejido Emiliano Zapata). Las haciendas

ganaderas de los alrededores conocieron la misma suerte en los siguientes años. Además, a partir de 1947, la Comisión del Tepalcatepec empezó a impulsar en la región un programa de desarrollo, principalmente a través de la ampliación de la superficie de riego. El puente-presa de Piedras Blancas, que se edificó sobre el río Tepalcatepec, se inauguró en 1952 y permitió irrigar 18,000 nuevas hectáreas en la margen izquierda del río, en tierras municipales de Buenavista. La Comisión impulsó, al mismo tiempo, la construcción de vías de comunicación, de obras de energía y de ingeniería sanitaria, así como la creación y ampliación de los centros de población.

En el caso de Buenavista, no hubo planificación para la ampliación de la localidad por parte de la Comisión del Tepalcatepec. Mientras el núcleo antiguo del pueblo se quedaba estancado al sur, bloqueado por el canal de irrigación que lo rodeaba, un elemento esencial en la dinámica de crecimiento fue la construcción de la carretera Apatzingán/Tepalcatepec, eje poniente-oriente que sustituyó al camino real en 1935 (mapa 2). Con el trazo de la nueva carretera, el área comercial y de servicios comenzó a transformarse y a cambiar de lugar. Surgió, por ejemplo, un nuevo servicio, el paradero de autobuses y, con éste, tiendas que representaban la introducción de nuevos bienes de consumo; esto hizo que paulatinamente se perdieran actividades propias del núcleo antiguo, como la de los zapateros, las curtidurías, la jabonería y la embotelladora de refrescos. Al mismo tiempo, desaparecieron los mesones que daban alojamiento a los arrieros y a sus recuas. En fin, fueron actividades que se perdieron y con ellas importantes espacios que quedaron en desuso casi de manera inmediata. Sin embargo, el crecimiento a lo largo de la carretera Apatzingán-Tepalcatepec no se pudo desarrollar mucho, porque había parcelas de cultivo irrigadas que los propietarios no querían vender.

El crecimiento se dio entonces hacia el norte, a lo largo del eje de la vía de comunicación que iba a Tancítaro, Los Reyes y Zamora. Se multiplicaron los edificios: una capilla y una escuela religiosa fueron construidas en 1958; la escuela federal —único edificio del pueblo impulsado por la Comisión del Tepalcatepec— se inauguró en 1965; el mercado se fundó en 1967-68. Llegó el agua potable a esta parte septentrional del pueblo en 1952. Siguiendo el movimiento de las actividades comerciales, el centro político-administrativo-religioso se desplazó también hacia el norte, así como el uso habitacional. El Palacio Municipal cambió definitivamente de lugar en 1975, lo cual ocasionó el desalojo de varias casas, y las calles adquirieron su trazo definitivo en la década de los 70, con la

división del terreno en manzanas más o menos regulares. Las viviendas se consolidaron a partir de la década siguiente, cuando se hicieron de materiales como ladrillo y cemento. Finalmente, en 1987, se hizo el parque principal alrededor del Palacio Municipal y, quince años más tarde, empezó la construcción de la iglesia de Guadalupe a un costado del parque. Así como la calle real perdió su papel de vía de comunicación central, la pequeña plaza del núcleo antiguo dejó progresivamente de ser visitada, como consecuencia de la desaparición de los edificios administrativos.

Al mismo tiempo, la Comisión del Tepalcatepec impulsó la construcción de nuevos pueblos ejidales, mientras desaparecían los numerosos ranchos aislados de los medieros y trabajadores de las haciendas. Algunos de estos pueblos crecieron mucho, como Felipe Carrillo Puerto —llamado también La Ruana—, que se construyó a 15 kilómetros de la cabecera municipal y muy rápidamente rebasó en número de habitantes a Buenavista. En estos nuevos pueblos se juntaron, tanto antiguos trabajadores de las haciendas y de los ranchos, como gente que vino de afuera, para beneficiarse de la repartición de las parcelas ejidales. En muchos casos, la construcción o ampliación de estos pueblos fue planificada por arquitectos de la Comisión del Tepalcatepec, con la lotificación del terreno a construir, la edificación de escuelas, centros de salud, parques, la construcción de una red de carreteras y caminos, además de las obras de riego.

Los pueblos ejidales se construyeron sobre todo al sur y al poniente de Buenavista donde, gracias a la presa de Piedras Blancas, vastas extensiones de tierras —anteriormente cubiertas de matorral y dedicadas a la ganadería extensiva— se beneficiaron de riego y empezaron a cultivarse. Los ejidatarios se dedicaron en un primer tiempo a sembrar cultivos de subsistencia como el maíz y el frijol, que ya cosechaban en pequeñas superficies de temporal cuando eran medieros. Los cultivos comerciales que se seguían dando en las haciendas al momento de la Reforma Agraria, como la caña de azúcar y el arroz, desaparecieron rápidamente. Se inició el cultivo del algodón en 1956, lo que causó cierto auge económico para los habitantes de Buenavista y de La Ruana. Se comenzó a cultivar, también, el sorgo escobero y otros productos comerciales de exportación, como el melón y la sandía, impulsados por empresas exportadoras estadounidenses. Todas estas actividades decayeron en las décadas de 1980 y 1990, por falta de inversiones extranjeras (melón) o por cuestiones de plagas ya incontrolables (algodón). Otra actividad, la ganadería bovina, se hizo más intensiva desde los años 50 con la

siembra de pasto mejorado y a veces irrigado. Con la modernización y ampliación del sistema de riego, la superficie aprovechada por las actividades agropecuarias alcanzó una expansión inédita: todo el llano fue ocupado por parcelas de cultivo y pastizales, separados por cercados de alambre de púas e irrigados por una gran red de canales amplios, con sistema de compuertas, turnos de riego, etc. Solamente las pendientes de los cerros, como las del Cerro Tomatlán, siguieron cubiertas de matorral y utilizadas de manera extensiva por el ganado.

En 2010, la población de Buenavista y de La Ruana es aproximadamente de 10,000 habitantes en cada pueblo (INEGI, 2010). Las dos localidades cuentan con el beneficio de múltiples servicios y Buenavista sigue su expansión hacia el norte, con la construcción de nuevas colonias. Hoy en día, las huertas de limón predominan en los paisajes, junto con los pastizales y algunas huertas de mango. Después del algodón, ninguno de los cultivos experimentados ha sido muy rentable. La producción principal, el limón persa —pequeño, verde y con semilla—, está destinada a la venta en el mercado nacional, ya que sus características no corresponden a la demanda del país vecino del norte.

Ante las pocas ganancias que dejan las actividades agropecuarias, se han buscado otras estrategias: se desarrollaron actividades ilegales relacionadas con el cultivo de mariguana y, más recientemente, con la fabricación de enervantes químicos; creció la emigración hacia Estados Unidos y otras regiones de la República. Aunque empezó en las décadas anteriores, la salida de la población se dio con más fuerza a partir de los años 70. En cada familia de Tierra Caliente, cuando menos un tío, un hermano o un hijo ha pasado una temporada en Estados Unidos o en la zona fronteriza, y otros se establecieron definitivamente allá.

Conclusión

Los cambios territoriales han sido muy relevantes en Buenavista Tomatlán a lo largo de los siglos. En la época prehispánica, los asentamientos se hallaban cerca del río rodeados de pequeñas superficies cultivadas; se supone que las playas y las laderas se utilizaban para cultivar y las faldas para vivir. En la época colonial y decimonónica, los habitantes se agruparon en un solo pueblo a la orilla del río, mientras los cultivos se extendieron a las planicies, y se hizo un mayor aprovechamiento de agua del río a través de presas de derivación sencillas, para regar las huertas y los cultivos comerciales, así como para el funcionamiento de los

obrajes. Al final del siglo XIX, el poblado se estableció en la planicie y se desarrolló un sistema de riego más importante con canales, que permitió ampliar el área irrigada, desarrollar los cultivos comerciales y modernizar los trapiches. En el siglo XX, finalmente, se expandió el pueblo hacia el norte con el establecimiento de un nuevo centro político-administrativo-religioso. Al mismo tiempo, se fundaron nuevos pueblos en los alrededores, como resultado de la Reforma Agraria y de las obras de la Comisión del Tepalcatepec, y se amplió nuevamente la superficie de riego con una red de irrigación moderna, lo que permitió el desarrollo de otros cultivos comerciales.

A partir de este estudio de caso, se observa que los cambios locales corresponden a dinámicas mucho más amplias que se pueden relacionar con las nuevas tecnologías agrícolas y los cultivos introducidos por los novohispanos, al igual que con los sucesos políticos de los siglos XIX y XX, como la Desamortización y la Reforma Agraria. Los cultivos comerciales, en especial, estuvieron relacionados con una dinámica de expansión, porque necesitaban espacio e infraestructuras de riego. Por lo tanto, tuvieron una fuerte influencia en los movimientos demográficos: las poblaciones se desplazaron hacia las áreas donde se podía producir, como era el caso de las planicies.

Para terminar, se insiste en la importancia de realizar una investigación multidisciplinaria, a fin de entender los procesos aquí señalados; en efecto, estudiar los cambios territoriales y, en especial, los asentamientos humanos, los usos de suelos y su evolución durante las épocas prehispánica, colonial, histórica y la actualidad se puede hacer solamente confrontando los datos históricos —documentos escritos— con los datos arqueológicos —material—, la historia oral y la observación de campo.

Bibliografía

Acuña, René (editor) (1987), *Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán*, México, UNAM, 517 pp.

Aguirre Beltrán, Gonzalo (1952), *Problemas de la población indígena de la Cuenca del Tepalcatepec*, Vol.III, México, Memorias del Instituto Nacional Indigenista, 363 pp.

Anónimo (1950), *La obra del Gobierno del Señor Presidente Alemán en la cuenca del río Tepalcatepec*, Uruapan, Secretaría de Recursos Hidráulicos.

Barkin, David (1965), *Cambios en la agricultura de la zona de Tierra Caliente, Michoacán, México 1950-1960*, Chapingo, Escuela Nacional de Agricultura/Colegio de Postgraduados, 48 pp.

_____ y Timothy King (1970), *Desarrollo económico Regional (Enfoque por cuencas Hidrológicas de México)*, México, Siglo XXI, 267 pp.

Barragán López, Esteban, Ortiz Escamilla, Juan y Toledo, Alejandro (2007), *Patrimonios: Cuenca del Río Tepalcatepec*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, 320 pp.

Barrett, Elinore M. (1975), *La cuenca del Tepalcatepec, 1. Su colonización y tenencia de la tierra*, *2. Su desarrollo moderno*, México, Secretaria de Educación Pública, 2 vol. Bustamante Álvarez, Tomás (1996), *Las transformaciones de la agricultura o las paradojas del desarrollo regional Tierra Caliente, Guerrero*, México, Juan Pablos Editor/Procuraduría Agraria, 305 pp.

Calderón Mólgora, Marco A. (2001), "Lázaro Cárdenas del Río en la cuenca Tepalcatepec-Balsas", en José Eduardo Zarate Hernández (coord.), *La Tierra Caliente de Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 233-264.

Calvo, Thomas y López, Gustavo (coord.) (1988), *Movimientos de población en el Occidente de México*, Zamora, CEMCA/El Colegio de Michoacán, 372 pp.

Duran Juárez, Juan Manuel y Bustin, Alain (1983), *Revolución agrícola en Tierra Caliente de Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 270 pp.

Enkerlin Pauwells, Luise M. (2003), "Espacio y población en la alcaldía mayor de Tancítaro durante el siglo XVIII; primer acercamiento", en *Arquitectura, territorio y población en el antiguo Obispado de Michoacán virreinal. Memorias 1er. Seminario.* Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, CONACYT, pp. 42-52.

_____ (2008), "Reestructuración del territorio y reacomodo de la población india en la Cuenca del Tepalcatepec durante el siglo XVI", en Eugenia María Azevedo Salomao (dirección general), *Del Territorio a la Arquitectura en el Obispado de Michoacán*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, CONACYT, pp. 91-114.

Escandón, Patricia (2005), "Tancítaro y la Tierra Caliente bajo la administración franciscana, 1552-1636", *Relaciones*, vol. XXVI, n°103, Zamora, verano, El Colegio de Michoacán, p.213-261.

Estrada Virgen, Elsa Dolores (1998, inédita), *Reparto de tierras comunales y consolidación de la burguesía rural en Tancítaro, Los Reyes y Peribán (1867-1910)*, Morelia, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Escuela de Historia.

García Ávila, Sergio (1992), "Desintegración de las comunidades indígenas en Morelia", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Vol.15, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, pp.47-64.

Gerhard, Peter (1986), *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*, México, UNAM, 495 pp.

González del Toro, Agustín (s/f), *Buenavista Tomatlán Municipio de Buenavista Estado de Michoacán Monografía*, s/l, s/ed.

González, Luis (1968) *Pueblo en vilo, Microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 365 pp.

González Sánchez, Isabel (1985), *El Obispado de Michoacán en 1765,* México, Investigaciones Históricas, 367 pp.

inegi (Instituto Nacional de Estadística y Geografía), *Archivo Histórico de localidades*, 1910-2005, http://mapserver.inegi.org.mx/AHL/inicio.do Consultado el 06 de julio de 2009.

_____, *Censos de Población*, 1921, 1940, 1950, 1960, 1970, 1990, 2000, 2010.

Kelly, Isabel (1947) *Excavations at Apatzingán, Michoacán*. The viking Fund, Inc., Nueva York, 228 pp.

León Alanís, Ricardo (1997), *Los orígenes del clero y la iglesia en Michoacán, 1525-1640*, Morelia, umsnh/Instituto de Investigaciones Históricas, 340 pp.

Malkin, Victoria (2001), "Narcotráfico, migración y modernidad", en Eduardo Zárate Hernández (coord.), *La Tierra Caliente de Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp.549-583.

Morin, Claude (1979), *Michoacán en la Nueva España del siglo xviii, crecimiento y desigualdad en una economía colonial*, México, Fondo de Cultura Económica, 328 pp. Partida Bush, Virgilio (2001), "La migración interna", en José Gómez de León Cruces y Cecilia Rabell Romero (coord.) *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, México, Consejo Nacional de Población/Fondo de Cultura Económica, pp.403-443.

Oliveros Morales, J. Arturo (2004) *Hacedores de tumbas en el Opeño, Jacona, Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Ayuntamiento de Jacona, 281 pp.

Reyes García, Cayetano y Ochoa Serrano, Álvaro (2004), *Resplandor de la Tierra Caliente michoacana*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 223 pp.

Rojas Rabiela, Teresa y Sanders, William T. (1985), *Historia de la agricultura Época prehispánica - siglo XVI*, México, Colección Biblioteca del INAH, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2 vol.

Rojas Teresa (coord.) (1990), *La agricultura en tierras mexicanas desde sus orígenes hasta nuestros días*, México, Grijalbo, 420 pp.

Sánchez Díaz, Gerardo (coord.) (1989), Vol.III "El siglo XIX" en Enrique Florescano (coord. general), *Historia General de Michoacán*, México, Gobierno de Michoacán, 4 vol.

Sánchez Díaz, Gerardo (2001), "Agua para una tierra sedienta", en José Eduardo Zarate Hernández (coord.), *La Tierra Caliente de Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 203-231.

Secretaria de Recursos Hidráulicos (1952), *Comisión del Tepalcatepec Memoria de los trabajos realizados 1947-1952,* Uruapan.

_____ (1961), *Comisión del Tepalcatepec Memoria de los trabajos realizados 1947-1961,* Uruapan.

Thiébaut, Virginia y Aguirre Anaya, Alberto (2008), "Microhistoria de un paisaje en Buenavista Tomatlán" en Virginia Thiébaut, Magdalena García Sánchez y María Antonieta Jiménez Izarraraz, *Patrimonio y paisajes culturales*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp.145-161.

Villaseñor y Sánchez, Antonio de (1852), *Parte que corresponde a Michoacán en la estadística, que con el nombre de Teatro Americano, Escribió D. Antonio de Villaseñor y Sánchez, y se imprimió en Méjico en 1748. Morelia, 1852*, Morelia, 77 pp.

Warman, Arturo (dir.) (2001), *El campo mexicano en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 262 pp.

Warman, Arturo (dir.) (1998), *La transformación agraria: origen, evolución, retos, testimonios*, México, Secretaria de la Reforma Agraria, 351 pp.

Archivos

Archivo de la Catedral de Morelia. 3-3.3-64-44 y 45. Años 1676 a 1799.

Archivo General e Histórico del Poder Ejecutivo de Michoacán (AGHPEM), Hijuelas Buenavista Tomatlán. Libro 6.

Archivo Parroquial de Buenavista Tomatlán.

Procuraduría Agraria de Apatzingán, expediente del Ejido Emiliano Zapata, Municipio de Buenavista Tomatlán.

Estancias de trabajo de campo en Tierra Caliente

7-11 febrero 2005, 3-9 marzo 2005, 11-17 mayo 2005, 24-27 junio 2005, 29 julio-1º agosto 2005, 13-14 agosto 2005, 22-24 septiembre 2005, 23-26 noviembre 2005, 17-21 diciembre 2005, 5-7 junio 2006, 14-16 octubre 2006, 22-24 febrero 2007, 21-24 enero 2009, 10-14 marzo 2009, 14-18 octubre 2009, 17-21 enero 2010, 9-11 junio 2010.

Recibido: 12 de enero de 2011.
Liberado: 12 de septiembre de 2011.